

EL CONCURSO DE LOS LEÑADORES

En British Columbia (Canada), se celebraba cada año el Campeonato Mundial de Taladores de Troncos. Después de varios días de competición, habían llegado a la final dos participantes: un canadiense y un noruego.

Cada finalista tenía asignado un sector del bosque. La competición se prolongaría durante ocho horas (entre las ocho de la mañana y las cuatro de la tarde), de manera que quién cortase mayor número de troncos, sería el ganador de la competición.

A las ocho en punto, un silbato anunció el comienzo de la competición. El intenso y rítmico sonido de las hachas talando los troncos en ambos sectores era lo único que se oía, hasta que a las nueve menos diez de la mañana el noruego, dejó de talar. El canadiense, tomándose este silencio de su competidor como una oportunidad, redobló sus esfuerzos.

A las 9 en punto, sin embargo, el canadiense oyó cómo el noruego comenzaba a talar de nuevo. Una vez más, solo se oyeron rítmicos hachazos talando los troncos de los árboles, pero a las diez menos diez, el noruego volvió a parar. El canadiense siguió talando, decidido a aprovechar al máximo la debilidad de su contrincante noruego.

A las diez en punto, el noruego reanudó su tarea, hincando su hacha sin descanso en los troncos de los árboles hasta las once menos diez en que, de nuevo, se detuvo. El ánimo del canadiense se infló de confianza y comenzando a saborear la victoria, continuó talando a su ritmo imparable.

Y así fueron transcurriendo las horas. Cada vez que faltaban diez minutos para la hora en punto, el noruego dejaba de talar, mientras que el canadiense continuaba con su tarea. Y así fue hasta que dieron las cuatro de la tarde y sonó el silbato del juez que marcaba el final de la competición. En ese momento, el ánimo del canadiense no albergaba la más mínima duda acerca de su triunfo. ¡Había sacado una ventaja de 80 minutos a su competidor!.

Imagina su estupor cuando le dieron la noticia de que el noruego había ganado.

-¿Cómo es posible? –preguntó el canadiense.- Has estado parando diez minutos cada hora, mientras que yo no he interrumpido mi trabajo ni una sola vez. ¿Cómo demonios puedes haber cortado más leña que yo? No es posible. ¡No es posible!.

-Es muy simple – respondió el noruego- mientras tú cortabas leña sin descanso, yo dedicaba diez minutos cada hora a descansar y a afilar mi hacha.